

Tierra y Libertad

Numero suelto: 10 cts.

Redacción y administración: Calle Cadena, 39, 2.º, 1.ª

Paquete de 30 ejemplares 2'00 pías.
 Suscripción: España, un trimestre. 2'00
 Extranjero 3'00

Los nuevos imperialismos

Es de todo punto imposible ocuparse, en estos instantes trágicos que pasan, de ninguna cuestión ajena a la guerra que ha acabado. Ha sido tan inmenso y tan desolador el desastre, que su influencia, generalmente malsana, ha fineado en todos los ambientes, lo ha invadido todo y hasta en los problemas totalmente extraños a su desarrollo, ha hecho sentir sus sacudidas horrorendamente monstruosas. Nada ha podido sustraerse a su influencia. Todo se ha sentido débil ante el impulso de la maldad desencadenada; todo ha sufrido los embates de esa maldad. Y hoy, finados ya sus más horribles efectos, de nada es posible hablar si se quiere pasar en silencio los efímeros, engañosos, infecundos resultados del conflicto inhumano.

Verdad es, que las masas de los tres más reaccionarios imperios que en el mundo había, se han alzado, cansadas, a conquistar su liberación; verdad es, que la burguesía internacional desató a conciencia las pasiones y los odios que han destruido, ciegos, durante cuatro años, sin crear nada, y que, ahora, como consecuencia de aquel caos traído al mundo por voluntad de quienes del mundo han hecho un semillero de malvadas pasiones, no aciertan a encauzar por donde sus intereses lo quisieran, esa gran tragedia social que ha sucedido a la otra sórdida tragedia por ellos deseada, por ellos desencadenada; verdad es, que parte del mundo se ha percatado del triste, del ruín, del sucio papel que en la guerra terminada le hicieron representar.

Pero también es verdad que las naciones que invocaron nobles principios de solidaridad y de justicia, como un alto postulado, para que fuera en su apoyo la ayuda moral y a veces material de hombres enemigos de la matanza fratricida, aprovechándose de la general credulidad, tanto más absurda cuanto más tiempo pasa, están creando, a pasos agigantados, nuevos, despreciables imperialismos. Allí donde antes se habló de altos principios, nunca existentes, se preparan hoy fuertes cadenas para amarrar en ellas al mundo, para esclavizarlo, acaso más duramente, más inhumanamente que nunca lo estuviera.

Por doquiera se exteriorizan deseos e intenciones de despojo, de avaricia, de egoísmo insaciables. Cunde la idea de esclavizar, de amarrar, de encadenar a los pueblos rebeldes. Lo más absurdo de todo esto, no es, con serlo mucho, el hecho de realizarlo; es que se trata de realizar en nombre de palabras cuyo significado, los gobernantes de los pueblos vencedores, desconocen, del mismo modo que los que gobernaban a los pueblos vencidos, lo desconocían.

En nombre de aquellas sonoras frases de Justicia, de Libertad y de Derecho, que fueron durante cuatro años invocadas, Inglaterra, en la hora de la paz, quiere para sí la Mesopotamia, Constantinopla y las colonias que fueron alemanas. Ahora, después de las últimas elecciones en que han triunfado todos los elementos reaccionarios y guerrillistas, seguramente aumentarán grandemente los deseos de despojo

de las clases que en la guerra nada sacrificaron. Italia, otra de las democracias aliadas, después de Trento y Trieste, desea para sí la Dalmacia, una gran extensión del Asia menor y Albania. Si los socialistas italianos, cuyas tendencias maximalistas aumentan cada día, no se oponen formidablemente a la desmedida avaricia de las clases conservadoras de aquel país, florecerá pujante un, quizá, más reaccionario imperialismo que el desaparecido en Austria. Bélgica se propone doblar su territorio, en tanto que llama propagandas antipatriotas al hecho de que los obreros hayan pedido doble salario y la jornada de ocho horas. Servia pretende ensanchar incalculablemente sus territorios. Rumanía aspira a que sean suyas toda la Besarabia y la mitad de Hungría. El Japón, en el Oriente, está ocupando con sus tropas cuanto se le antoja. De nadie son desconocidas las intenciones de Francia. En cuanto a Norte América, aun cuando no haga suyo ningún territorio europeo, ya se ha llevado el oro de todas partes. Después de este liberal, democrático reparto de las ganancias, exactamente igual que el que hacen los jugadores en compañía cuando les sale bien una jugada, no hay ni indicios de aquellas cosas prometidas... Ni desarme, ni libertad de los mares, ni Sociedad de las Naciones. Todo fué vacua retórica, insincera palabrería. Sobre el cadáver de imperialismos militaristas, nacen otros militarizados imperialismos, tanto más merecedores de repulsión, cuando para que sea posible su existencia, se ha jugado con el alto objetivo de nobles palabras. Las ignaras multitudes, de las que han formado parte, salvo raras, valiosas excepciones, toda la Humanidad, se han dado por entero a una causa bien pobre, bien mezquina. Veremos qué hacen ahora, en los futuros conflictos que ya se preparan. Antes de que se firme la paz se advierten ya las próximas alianzas para hacer otra guerra. Si no fuera por el peligro bolchevista, quizá no tardaríamos mucho tiempo en presenciar otra monstruosa matanza en la que jugarían el primer papel, de una parte, Inglaterra y el Japón; de la otra, Francia y los Estados Unidos. Existen viejos rencores que nadie quiere borrar; existen poderosos intereses que no se avienen a tener pequeñas ganancias.

Únicamente la influencia del maximalismo podrá evitar, por ahora, ese otro horrendo, inútil conflicto guerrero. De ahí que los interesados en que no se evite, aparte de otras complejas cuestiones que les empujan a combatir al maximalismo, traten de intentar invadir a la Rusia bolchevista. Su ideal, para que la guerra finara en la forma aconsejada por sus intereses y egoísmos, sería poder seguir engañando a la multitud de sus propios países para poder entrar a saco en Austria, en Alemania y en Rusia con cuyos territorios harían un reparto tan liberal como el que han de hacer con lo que hasta ahora han invadido. Después, alejado ya el peligro de la revolución que finca en aquellos países, embobadas las muchedumbres por el ruido de tantas victorias, quedaría a merced

de los capitalistas y de los negociantes, como lo estubo siempre, la política internacional. Y se haría, porque así ellos lo creerían necesario, otra guerra tremenda e inhumana. Este sería el ideal de los nuevos imperialismos que nacen. Quizá el bolchevismo desbarate todas las combinaciones. Lo peor que podía ocurrir, fuera lo contrario. Si los imperialismos nacientes pudieran vencer al maximalismo, se robustecerían y serían, para la libertad, peores enemigos que los imperialismos vencidos!

Los pequeños hombres que aquí en España se llaman demócratas, que continúan siendo tan partidarios como durante la guerra, de los hoy vencedores, han descubierto a los ojos de todos, una cualidad suya, que nosotros ya conocíamos: Son, en verdad, unos adversarios del imperialismo, profundamente imperialistas; su enemiga era solamente porque eran los otros, y no ellos, los que imponían las ideas de reacción y de imperialismo; en el fondo, estos demócratas nuestros, eran unos vergonzantes admiradores del kaiser. ¿Por qué, si no, aplauden y ensalzan todos los intentos kaiserianos de los gobernantes aliados? Si el bolchevismo fuera arrollado por los nuevos imperialismos que ya enseñan sus garras, dispuestos a clavarse en la carne de quien desee Libertad y Justicia y Derecho, palabras que les han dado la victoria, ¿como aplaudirían nuestros demócratas!

Afortunadamente, el miedo es más grande que la conveniencia. Los nuevos imperialismos tiemblan, pensando en que es probable que se hundirá la falsa base sobre la cual se han erigido, saltando por encima de todos los postulados que invocaron, y que tanto han escarnecido.

FRAGMENTO

Los tiempos son llegados. El decreto ha encontrado su fórmula. Hoy la fuerza se llama violencia y comienza a ser juzgada. La civilización, cediendo a los clamores del género humano, instruye el proceso criminal de los conquistadores. En muchos casos el héroe no es otra cosa que una variedad del asesino. Los pueblos han llegado a comprender que el engrandecimiento de la maldad no puede constituir su disminución. Si matar es un crimen, matar mucho no puede ser circunstancia atenuante. Si robar es una vergüenza, invadir un pueblo no podrá ser una gloria. Los Te Deums no hacen gran efecto, y no podrán impedir en adelante que el homicidio sea homicidio; no importa llamarse César o Napoleón, porque no se cambia la figura del asesino aunque se ponga sobre su cabeza, en lugar del gorro del presidiario, una corona de emperador.

¡Ah! Proclamemos las verdades absolutas. Deshonremos la guerra. No; la gloria sangrienta no es gloria. No; no es bueno, ni útil, ni humanitario matar hombres. No; ¡oh madres que me rodeáis! No puede ser que la guerra continúe arrebatándoos vuestros hijos. No; no puede ser que la mujer reproduzca por el dolor, que los hombres nazcan, que trabajen los pueblos y siembren, que los aldeanos fertilicen los campos con su sudor, que el obrero fecunde las ciudades, que mediten los pensadores, que realice maravillas la industria, que haga el genio prodigiosos, que la vasta actividad humana multiplique en presencia del cielo cubierto de estrellas, los esfuerzos y las creaciones, para llegar a esa horrorosa exposición internacional que se llama un campo de batalla.

VÍCTOR HUGO

NOTAS AL MARGEN

Cuervos místicos

Está fuera de duda que los curas son grandes conquistadores de almas: de... cuerpos. Ahí están para demostrar lo primero las esquelas de defunción insertas en *La Vanguardia*; y para responder de lo segundo, hay en España millares de sobrinos de cura que, según malas lenguas, vinieron al mundo debido a esas conquistas místico-corporales, de las que tan aficionados se muestran los curas.

No es que intentemos romper una lanza contra tales conquistadores; sus razones tendrán los conquistados para dejarse querer; buena prueba de ello es que nunca una sola alma protestó de que la hicieran la corte, y pocas veces un cuerpo sandunguero seducido por la fervorosa persuasión de tal o cual pater, dió a la publicidad el nombre del conquistador; y cuando los interesados no se quejan, no vamos a ser nosotros, materia en absoluto inconquistable, que salga en su defensa, con todo y cargar indirectamente con la manutención de los sobrinos antedichos y con la de sus respectivos tíos.

Mas, ¡ay! nuestros pupilos indirectos, los venerables ensotanados, se extralimitan a lo mejor y van más allá de la conquista de un alma... de cántaro o de un cuerpo femenino. Se ha dado ya muchas veces el caso de que un cura, haciendo bueno el nombre de cuervo con que les llama mucha gente, ha clavado sus garras en un muerto y se lo ha arrebatado a su familia; de la conquista de los cuerpos vivos y jacarandosos han llegado a la usurpación de los cuerpos inertes y putrefactos que, no por ser tales, dejan de ser: para los cuervos del señor, elemento de vida. Ni el hombre vive solamente de pan, ni el cura, que es un animal muy parecido al hombre, vive exclusivamente de echar almas al cielo y sobrinos al mundo; los muertos, y sobre todo los que se ciscaron en la religión hasta el momento de espichar, son manjar predilecto para estos reverendos varones; y en cuanto saben de alguien que murió fuera de la religión católica, revolotean, husmean y graznan ante el cadáver, con el propósito de que sea enterrado en su cementerio y no en el de enfrente; los cuervos místicos, no admiten competencias; cada entierro civil, es para ellos un golpe dado al viejo edificio de la credulidad y la rutina; si cundiera el ejemplo de tales ceremonias, los conquistadores de almas y de cuerpos, estaban perdidos; si la gente daba en suprimir resposnos, llegaría a la supresión total de los servicios canónicos; y entonces, ¡abur su dinerol la profesión de cura sería un negocio perdido, y por no llegar a esto, es que los cultivadores de la viña del señor imponen o tratan de imponer su voluntad a los vivos y a... los muertos.

Y uno de estos avechuchos místicos, uno de esos voraces cuervos, es el reyezuelo de hisopo y soideo que manda y gobierna en la parroquia de Casa Antúnez.

Hace unos días, intentó el susodicho pater confesar a un enfermo de la barriada de Casa Antúnez; y la familia y el propio enfermo, herejes hasta la médula, le dijeron con buenos modos que en aquella casa no se admitían confesores. Murió el enfermo a los tres días y cuando su hijo se disponía a enterrarle en el cementerio libre, el confesor de marras, que es, como hemos dicho, una especie de rey, dijo que aquel difunto era súbdito suyo; que se había confesado antes de morir, y que, por lo tanto, su lugar estaba en la casa de al lado; en el cementerio católico.

Pero nuestro compañero Blas Fernández, que así se llama el hijo del difunto, no dió su brazo a torcer;—o lo entierro en el cementerio libre, o no lo entierro,—le dijo al cura. Mi padre ha muerto voluntariamente sin confesión, y su cadáver no es para ustedes.

Adujo el otro que tenía testigos (sevillanos, por supuesto), que habían presenciado la confesión; desmintió el hijo tal aserto; y dejando al ensotanado con tres palmos de narices se llevó el muerto a Sans, en espera de que alguien, con más sentido común que el fúnebre curita, se encargara

de darle al difunto entrada libre en el cementerio ídem.

Escrito lo que antecede, nos enteramos de que entre el cura, el obispo y demás cuervos místicos, le han dado a dios lo que era del diablo, a despecho de los deudos del muerto, que no admiten tratos ni pactos con los celestiales cortesanos. Los conquistadores de cadáveres cuentan desde hoy con una conquista más; pero permitánnos que les demos unos consejos gratuitos, aun sabiendo que no han de agradecerlos.

Bien está, queridos hermanitos, que os dediquéis a la busca y captura de los vivos y las vivas, ya que con tanta facilidad se os rinden; ya que del más allá no sabéis nada, procurad pasarlo lo mejor posible junto a vuestras mansas y sumisas ovejas; y cuando a alguien le de la gana de alejarse de este mundo sin pasar por el fielato de la penitencia, no os metáis en dibujos, como aconsejaba un tal Cervantes; disputar un cadáver a sus deudos, es más propio de cuervos que de ministros de una religión que se precia de humana; no os metáis con los muertos si no queréis que los vivos os den un que sentir; los rebaños místicos pasan por todo menos con que se juegue con sus difuntos; ¡les habéis hecho creer que son tan respetables esas inmundicias humanas! Y si Blas Fernández, lo bastante enérgico y despreocupado tuvo valor para cargar con el muerto que uno de vosotros pretendía quitarle, pueden salir por ahí otros individuos que en caso parecido, os aticen una paliza que tendréis que recibir sin pestañear para dar ejemplo de resignación cristiana.

Y no es cosa de que os rompan las costillas, por muerto más o menos. Ya lo dijo el poeta:

«¿Qué haya un cadáver más, qué importa al mundo?»

Y quien dice al mundo, dice al cementerio o a los cementerios donde ejercéis de administradores y de lechuzas.

JUANONUS

El timo de "Los catorce puntos"

No hay duda, señores: fuimos engañados por las intenciones de los aliados.

De aquellas palabras de paz y justicia ya apenas si queda la menor noticia.

No se ve el desarme por ninguna parte... Siendo seguiremos esclavos de Marte.

Yanquilandia dice, con gesto iracundo, que ha de ser su escuadra la mayor del mundo.

Inglaterra piensa continuar el obligatorio servicio marcial...

Francia se prepara a llevar, al fin, la ansiosa aventura de hacer suyo el Rhin.

Ayer el Senado norteamericano un impetio al lujo rechazó de plano.

Todas las naciones—dijo el wilsonismo—podrán gobernarse por su impulso mismo.

Todas, menos Rusia, que, por lo que veo, tendrá que amoldarse a extraño desec.

¿Y esos son los «puntos» que eran la delicia en cuanto a Derecho y en cuanto a Justicia?...

Viendo hoy en España que es Clerva aliado, yo, caros lectores, me encuentro escamado.

Cuando Maura y Clerva gritan «¡Viva Francia!», lo que es libertades no habrá en abundancia.

Estos pajarracos de rancio neísmo, han olfateado otro imperialismo.

Y lo malo, amigos, es que, por la traza, a los vencedores se les ve la hilaza...

¡Los catorce «puntos»!... Vamos a otro asunto. ¡Qué «elástica» es siempre la ropa de «punto»!

LUIS DE TAPIA

De *El Imparcial*. Madrid.

El autor de esa admirable crítica que reproducimos, fué, durante la guerra, un ardiente defensor de la causa aliada. Apenas si ha terminado el conflicto, cuando ya la realidad le obliga a confesar su engaño pasado... Otros escritores, sinceros como él, también han escrito en igual sentido. ¡Nos engañamos! —dicen— ¡Creíamos que tendría otro final la guerra, ganada por las armas aliadas!— escriben.— Y véase como ahora, estas opiniones aisladas, confirman la nuestra de siempre, la opinión anarquista. No se ventilaba en la guerra ninguna causa de Justicia, ni de Derecho, ni de Libertad. Y es tanto más desvergonzada y más sucia y más ruin la actitud de los vencedores, cuanto más invocaron el significado de aquellas palabras. Invocación, que tuvo la virtualidad de embobar a las multitudes para que, una vez más, derramasen su sangre en estériles sacrificios.